Juegos macabros

Bruno Martí Salvador

Juegos macabros

Bruno Martí Salvador

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2024
© Bruno Martí Salvador, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-68-4
IBIC: FH
DEPÓSITO LEGAL: M-15772-2024

A mis padres, por confiar siempre en mí y apoyarme incondicionalmente.

1

La noche se había perfumado de un aroma gélido y perturbador. Las hojas de los árboles caían como bolas de acero contra el asfalto, dejando desnudas e indefensas las ramas que anteriormente las sustentaban. Las aceras se presentaban vacías, mostrando un mínimo tránsito de actividad. Aquello parecía la nada absoluta tras el paso de un alocado tornado, el miedo a salir del escondite tras un eterno apocalipsis, la calma después de una espesa tormenta. Pero la ciudad siempre había sido así: fría, egoísta, maquiavélica e incluso retorcida. Nadie tendía la mano si alguien se tropezaba, y la mirada por encima del hombro estaba a la orden del día. El clima, asimismo, hacía flaco favor. Obligaba a los mortales a permanecer en sus cuevas, cautivos del aire interior, y negándoles las tentaciones propias de los vicios de la noche. Era, sin duda alguna, una verdadera penitencia.

Sus tacones se estamparon contra la dura y resistente acera, creando un grave eco que se repetía a cada paso que daba como una graciosa sinfonía. Caminó con entereza, pues no se encontraba intranquila. Todo lo contrario. Había albergado feroces apetitos en la velada a la que había sido citada. A simple vista, cualquiera podía pensar que estaba torpemente desentrenada, pero aquella burda suposición no hacía más que alejarse de la realidad. Ella sabía muy bien lo que hacía. No le faltaban agallas y los remordimientos contaban con la entrada prohibida a su subconsciente. Todo había formado parte de un entrenamiento duro y constante, intensivo y agotador, sudoroso y desgarrador, pero había merecido la pena. Oh, vaya si la había merecido… Había tomado las riendas, y ya nada ni nadie podía detenerla.

Sin más vacilación, Valeria detuvo su paso frente a la entrada del restaurante. Tomó aire por última vez y lo expulsó a través de sus labios en forma de ráfaga, llegando a empañar los finos cristales del escaparate. Giró el pomo superior a la cerradura y se abrió paso en

el abarrotado interior del local. Sus piernas desnudas avanzaron por los recovecos del vestíbulo. Aquello iba a explosionar. Multitud de camareros danzaban por el alargado cubículo mientras trataban de mantener a flote las bandejas rebosantes. Todo el mundo reía y bebía, a Valeria enseguida la embriagó una amarga sensación de envidia. Pronto se recompuso, irguiendo la columna y dirigiéndose hasta el *maître*. Lo analizó fríamente. Era un hombre curioso, portador de un grueso bigote y una pajarita de color chillón, como si hubiera sido extraído de una caricatura. En cuestión de segundos, el agobiado caballero que hacía malabares entre un teléfono que echaba chispas y un libro de reservas a punto de agotar la tinta negra de su bolígrafo, tuvo tiempo de fijar su mirada en los ojos esmeralda de la dama plantada frente a su figura. Ella recitó su nombre como si de una encantadora de serpientes se tratara, pero entonces recordó que la función todavía no había comenzado. Debía ser paciente.

El *maître* asintió como un relámpago y confirmó la reserva en un abrir y cerrar de ojos. También le comunicó que su cita ya la estaba esperando en la mesa. Ella formó un puño con sus dedos e intentó no desequilibrarse. Lanzó una rápida ojeada a su reloj plateado de la muñeca y, en efecto, había llegado temprano, pero todavía más temprano él. Eso la ponía de los nervios. Siempre llegaba la primera. Solía estar acostumbrada a las excusas baratas de los hombres: mucho tráfico, lío en el trabajo, complicaciones para encontrar el restaurante… Pero ahí estaba, afincado contra la silla y jugueteando con las yemas de sus dedos sobre el delicado mantel de lino blanco. La estaba esperando. Y, desde luego, no le daría largas por mucho más. Había llegado la hora de las presentaciones.

Reanudó el sutil taconeo que se solapaba con las plantas de sus pies y se dirigió hasta la mesa. O, más concretamente, hasta el individuo que la estaba aguardando. Intentó descifrar alguna emoción en su rostro, alguna pista que le guiara durante toda la velada. Pero fracasó estrepitosamente. Había algo en ese hombre, y todavía no sabía lo que era, pero contaba con descubrirlo. Su porte era sereno, tal vez demasiado, y su mirada seria podía partir una madera en dos. Su cabello tintado había fallado en ocultar una onda de pelos plateados que se asomaban por sus raíces, aunque le otorgaban un toque elegante. Como si se tratara de un caballero de negocios de los años sesenta.

Ahí estaba, empuñando un vaso de *whisky* con hielo mientras esperaba su compañía con una expresión calmada que solo conseguía ponerle los vellos de punta. Llegó a cuestionarse por qué aquel hombre de aspecto sosegado no mostraba una pizca de alteración. Lo achacó a su trabajo. Parecía de las altas esferas. Un bróker de bolsa, un alto ejecutivo o incluso un aclamado político. Pero ya no había tiempo para las adivinanzas, pues sus tacones la habían transportado hasta la mesa redonda con sillas y cubiertos para dos. La función, sin duda, había comenzado.

Cuándo al fin se percató de su deslumbradora presencia, él se levantó y, como un gentil caballero, se aproximó hasta su figura y desplazó el asiento unos centímetros atrás para que ella pudiera sentarse con total comodidad. Fue un buen gesto que Valeria acogió con una mansa sonrisa. Una vez flexionada, esperó a que él regresara a su posición original para dar rienda suelta a sus respectivas cartas de presentación. Estaba ansiosa por escuchar su historia, pero, por encima de todo, los motivos que le habían llevado hasta allí, con ella, en aquel lujoso restaurante, a altas horas de la noche a mitad de la semana. Era una cita, y ambos eran plenamente conscientes, la aplicación en la que sus caminos se habían cruzado no daba lugar a dudas. Él se mostraba ansioso y edulcorado en todos y cada uno de sus mensajes, lo cual chocaba con su actual estado reposado. Había elegido el restaurante, la hora de citación e incluso se había atrevido a pedir la cena por Valeria. Ya se lo había adelantado antes de conocerse en persona. El asado de aquel lugar era exquisito, al menos eso afirmaba, y Valeria le cedió los honores de llevar la batuta reinante, al menos durante un breve periodo de tiempo. Ella era una mujer de armas tomar, y esperaba demostrárselo a lo largo del banquete.

Iba trajeado, como si no hubiera tenido tiempo para cambiarse de vestuario tras una larga jornada de trabajo. Una corbata alargada y de tonalidades oscuras y azuladas colgaba con dejadez sobre una fina y estirada camisa blanca. Sus manos lucían firmes y varoniles, portadoras de varias venas verdosas que se transparentaban en su piel como serpientes trotando libres en la selva. Su aspecto, en líneas generales, era bastante acicalado. Se había afeitado, eso sumaba puntos a su favor. Valeria detestaba los bigotes, las barbas y los pelos rebeldes. No había nada más placentero que una barbilla rasurada y resplandeciente.

También parecía estar en forma, a menos que hubiera estado sacando pecho durante los minutos anteriores. Tal vez un par de días a la semana en el gimnasio, o *footing* alrededor de su urbanización lujosa. Se podía intuir con total transparencia que era un hombre exitoso, con varios ceros en su cuenta bancaria. Otro punto más. Aquello era un no parar, y, tras varias sonrisas nerviosas y acarameladas, Valeria optó por desgarrar el silencio y romper aquella barrera de lejanía que les impedía conectarse el uno con el otro. Ya habían hablado largo y tendido en la aplicación, pero ella quería escucharlo todo de nuevo a través de sus labios.

—Todavía no me creo que estemos aquí, en este restaurante tan bonito… —Giró su cuello y alabó las columnas románicas que adornaban el establecimiento. Luego regresó la mirada a su verdadero objetivo—. ¿Vienes mucho por aquí?

—Qué va —respondió él, casi al unísono—. No me atrevería a traer a una mujer tan hermosa a un lugar que suelo frecuentar.

—¿No quieres que te vean ligoteando conmigo? —bromeó, tratando de endulzar la palpable tensión del ambiente.

—No es por eso. Quería decir que esta es una ocasión muy especial. No podíamos cenar en cualquier sitio. Te mereces algo bonito y…

—¿Siempre eres tan cursi? —le cortó, y deslizó su mano hasta tocar la suya. Acarició sus nudillos con delicadeza, enfrascándose en una burbuja solo apta para ellos dos.

—No soy cursi. Solo intento ser educado.

—No me gustan los pelotas, los aborrezco. Y sé de sobra que tú no eres así, Felipe.

Él volvió a sonreír, dejándose contagiar por la hipnotizante labia de Valeria. Ella estaba despampanante. Su vestido rojo chillón abrazaba su cuerpo con total libertad y dejaba poco lugar para la imaginación. Y su collar de perlas estaba perfectamente recogido alrededor de su cuello. Su cabello rubio, por otra parte, pendía en el aire y descansaba apacible sobre sus hombros desnudos. Ella estaba radiante y era consciente. Felipe ya había lanzado alguna que otra mirada indiscreta, analizando su anatomía y su tentadora sensualidad.

—Debo decir que las fotos de la aplicación no te hacen justicia. Eres mucho más atractiva en persona —soltó él, refrescándose la garganta con otro trago de *whisky*.

—Me lo tomaré como un alago. —Desprendió sus ojos hasta la mesa y se fijó que ella contaba con una buena copa de vino—. Vaya, te has acordado… Tinto y afrutado.

—¿Cómo te puede gustar un vino afrutado?

—Digamos que me encantan las sensaciones agridulces. Como la vida misma.

Felipe tardó varios segundos en reaccionar. Sin duda, en apenas segundos y sin ser meramente consciente, se había visto atrapado en la cautivadora esfera de la dama de largos mechones amarillos. Era misteriosa, pero atrevida y muy peleona.

—Me he tomado la libertad de pedir la cena mientras te esperaba. Como ya te dije, el asado del chef es una maravilla. Conozco a Tomás desde hace varios años, coincidimos juntos en el club de squash…

—Se ve que eres un hombre con muchos contactos.

—No me gusta fardar…

—Y sin embargo lo haces.

Valeria empinó el codo y tragó el líquido oscuro bajo la atenta mirada de Felipe, que no pudo reprimir el esbozo de una tímida sonrisa.

—Bueno, en mi trabajo no puedo permitirme bajar la guardia. Tengo que conocer a todo el mundo. Saber sus virtudes, sus debilidades… Es como un mar lleno de tiburones. En cuanto te descuidas, pueden clavarte el colmillo y despedazarte.

—Oh, qué cruel… —añadió Valeria, escuchando con atención las batallitas empresariales del susodicho.

—No te lo conté, pero el chat de una aplicación no me parecía el lugar más apropiado. La ocasión merecía un sitio como este. —Cogió aire y lo expulsó, como la lava que sale disparada del cráter de un volcán—. Me han ascendido, otra vez… Trabajo en unos laboratorios farmacéuticos.

—Interesante.

—No creas. Me limito a teclear detrás de un escritorio, aunque por lo menos el dinero que me llega a fin de mes es suficiente para costear un restaurante como este. —Intentó contagiar a Valeria con

su euforia, pero ella era la mujer de hielo y hacerla reír no sería tarea fácil—. ¿Y qué hay de ti? ¿Trabajas?

Valeria apretó su puño derecho por debajo de la mesa. Trató de disimular sus resquicios de desazón y regresar a una imagen templada y en sintonía.

—La verdad es que no. Mis padres me dejaron una enorme fortuna y me limito a gozar de la vida. Ni siquiera miro el precio cuando compro algo.

—Esa sí que es una buena filosofía de vida. Brindemos por ello.

Felipe empuñó su *whisky* y lo alzó en señal de concordancia. Valeria hizo lo propio y lo acompañó, imitando su gesto y chocando los frágiles cristales para más tarde ingerir aquellos dulces venenos. Felipe se propasó y terminó absorbiendo el líquido restante. Fijó su mirada hacia el camarero más cercano y jugueteó en círculos con el cilindro de cristal.

—Otra ronda, por favor.

—Me llevas la delantera… Y te quiero lúcido esta noche.

—No te preocupes. Tengo buen aguante.

—Eso espero…

Al fin, Valeria sonrió y Felipe se relajó. Transcurrieron varios minutos hasta que la segunda ronda de *whisky* y una escueta ensalada de entrante arribó a la mesa. Ante un silencio tan afilado, Felipe optó por llevar la delantera.

—¿Y qué te llevó a suscribirte a la aplicación? ¿Mala suerte en el amor?

—Y que lo digas… —Valeria subió su mano restante al estrado y comenzó a remover sus dedos por el mantel, formando abstractas figuras con sus delicadas yemas.

—No hace falta hablar de ello si es un tema escabroso…

—Es igual. —No le era indiferente, pero ante tal contraataque no podía quedarse callada. Necesitaba contarle su historia, muy por encima, por supuesto, pues nunca desvelaba demasiados detalles íntimos en una primera cita—. Nunca he cuajado con los hombres. Todos tienen defectos, y soy tan perfeccionista que me cuesta encontrar al adecuado.

—Vaya, ¿ya me has encontrado alguna falla? —le siguió el juego, sin acobardarse ante tal afirmación.

—Por ahora no.

—Bien, porque eres espectacular —confesó. Ahora le tocaba a él mover ficha—. Yo… Bueno, estoy soltero. Me gusta conocer a gente y ver si compartimos las mismas ideas.

Mentira. La primera de la noche. Un punto menos. Valeria despegó la mano de la suya y pudo contemplar con creces la marca aún latente de una alianza de matrimonio en un dedo que en aquel momento lucía desierto. Tragó saliva e intentó contenerse. Otro infiel, menuda sorpresa… De seguro llevaría consigo el anillo, en aquel mismo restaurante, durante su empalagosa cita. ¿Iba a ser ella la canita al aire de aquel farmacéutico? No, desde luego que no. Quiso levantarse y agarrarle de la camisa, gritarle que aquello estaba mal y debía regresar a casa, con su mujer, incluso con sus hijos, si es que los tenía. Le dio asco. Repulsión. Tanta que por una milésima no pudo disimularla. Pero logró taparla como la gran dama de hielo que se consideraba. Lo había aprendido con el tiempo, a base de errores y atronadoras decepciones. Sí, se había quitado la alianza justo antes de la velada, quizás se encontraba resguardada en los holgados bolsillos de sus pantalones de tela negra.

Si quería jugar con fuego, ella prendería la primera llama.

—Me cuesta creer que un hombre tan atractivo y educado no haya encontrado pareja —espetó, tratando de sacarle de sus casillas.

—Tal vez seamos igual de exigentes.

—No lo creo —le cortó—. Para mí la exigencia se encuentra en un nivel muy profundo. Los hombres sois criaturas crueles. Agarráis a una mujer y exprimís todo su jugo. Y, cuando ya está vacía, sin nada que os pueda satisfacer, la tiráis como un trapo maloliente a la lavadora.

Felipe no medió palabra. Quiso hacerlo, cambiar de tema para evitar un desastre inminente, pero el asado llegó justo a tiempo y le salvó el pellejo. Por el momento.

—Espero no haberte asustado.

—Al contrario.

Volvió a dar un trago al *whisky*. Se veía seguro, confiado y en orden con todos sus pensamientos. Valeria lo dejó pasar, y, al cabo de unos minutos, dejó la incógnita de la alianza en el olvido.

El asado estaba poco tierno. Un poco seco, además. Valeria fingió y alabó la carne y la ración de patatas asadas como si no hubiera un mañana. Felipe concordó, y fardó de haber escogido el plato perfecto para una velada perfecta. Valeria tosió y echó mano del vino para no morir atragantada por un alarde tan penoso. Felipe se había venido arriba, creía que todo iba viento en popa, y no podía estar más equivocado. Pero Valeria le trató como un renacuajo, como un niño pequeño al que le daba la razón sin parar, satisfaciendo su masculinidad a niveles estratosféricos. Al fin y al cabo, era lo que todos los hombres buscaban. Y lo había hecho tantas veces que ya era coser y cantar. Felipe no era diferente. Era otro peón en un rebaño descarriado. Un patético ser ansioso por desfogarse y apartarse de la rutina del matrimonio en una aplicación de citas. Quería un objeto, un trofeo nuevo del que fardar ante sus amiguitos en el club. Y no iba a darle ese gusto. Aunque permaneció inmóvil durante toda la velada. Después del asado, durante el postre y posteriormente el café.

Charlaron durante media hora mientras las demás mesas iban vaciándose. Los camareros comenzaron a recoger el restaurante y los cocineros apagaron los fogones. Quedaba poco para dar el cierre al local y echar la persiana abajo, pero Valeria había conseguido hipnotizar a Felipe. Le contó que, a pesar de haberse criado en Madrid, se había pasado la vida viajando sin parar: París, Inglaterra, Oceanía… Pero que aquel trote aventurero se detuvo ante la muerte de sus padres. Primero cayó su madre, víctima de un cáncer terminal que detectaron tarde y del cual no había escapatoria. A los pocos meses, falleció su padre. Expresó que la causa oficial fue un infarto, pero ella y su hermana sopesaban la teoría de que el pobre hombre murió de tristeza. Su padre era el único hombre que valía la pena, aunque eso no lo compartió con Felipe, pues le hizo creer que solo tenía ojos para él.

La larga sobremesa llegó a su fin, y se vieron obligados a levantarse y continuar la conversación en otro lugar. Felipe se ofreció a pagar la totalidad de la cena, por supuesto, y Valeria accedió sin condescendencias. Sabía que era algo antiguo y pasado de moda, que la mayoría de las mujeres pagaban a medias con normalidad, pero a ella le gustaba contemplar cómo los hombres forzaban una caballerosidad tan falsa como un billete dorado. Felipe la rodeó por la cintura y ambos salieron al exterior. Hacía frío, más que antes, y Valeria no había

traído un abrigo consigo. Hizo un par de señas y fueron suficientes para que su acompañante le ofreciera su chaqueta. Otro gesto que no importaba en absoluto, pero que aceptó con mucho gusto.

Los dos se miraron, bajo el reflejo platino de la luna llena, y Felipe flexionó su cuello hasta empapar sus labios con los de Valeria. Fue un beso largo, muy esperado, y en cierta manera placentero. Valeria se dejó llevar y apoyó sus manos en los fuertes hombros de aquel falso caballero andante. Después, tras un par de fugaces caricias y risitas tontas, Felipe le ofreció llevarla a casa.

La mansión de Valeria estaba situada en las afueras, por lo que el trayecto era largo y pudieron continuar charlando sin presión alguna. Felipe hizo hincapié en que se había excedido de hora y que el *whisky* comenzaba a subírsele a la cabeza. Bromeó con no chocar con algún control de alcoholemia, pues no deseaba que el broche de oro de una velada tan reconfortante fuera una noche entre rejas. Valeria se ofreció a coger el volante y cambiar de puestos, pero él se negó en rotundo. También comentó que a la mañana siguiente debía acudir al trabajo a primera hora, y oró con todas sus fuerzas para no caer resacoso. Valeria echó a reír, en aquella ocasión de verdad, pues aquel hombre no dejaba de sorprenderla con sus burdas ocurrencias.

Cuando se dieron cuenta, el coche ya estaba estacionado frente al domicilio. Valeria se restregó entre sus brazos y apoyó sus finos labios contra sus orejas.

—¿Quieres tomarte la última dentro? —susurró, erizando al contrario.

—No creo que sea buena idea…

—Vamos, anímate.

Quiso cazar sus labios de nuevo, pero Felipe la apartó de manera brusca y apoyó su cráneo contra la ventana. Miró al frente, al vacío, a la calle iluminada de aquella urbanización de clase alta. Y lo soltó, sin más:

—Estoy casado.

Valeria sonrió. Al menos le había echado valor. Pero aquello no era un impedimento. No para lo que tenía en mente.

—Lo sé.

—¿Cómo…? —La observó en una vorágine de confusión.

—Ya lo verás… A mí no se me escapa una.

—Dios, Valeria, ¿dónde has estado todo este tiempo? —soltó en un tono desesperado, como si su matrimonio le hubiera convertido en el hombre más infeliz del planeta.

—Aquí. Solo tenías que encontrarme.

Y así, con unas cuantas palabras más, Valeria logró que sus deseos fueran correspondidos. Felipe cayó rendido a la tentación, a la fruta prohibida, y se lanzó en plancha a sus labios, mordiéndolos y originando suaves sollozos que salían expulsados de su boca como un perdigón en llamas. No tardaron en salir del coche, besándose apasionadamente mientras Valeria abría la puerta principal con los ojos cerrados. Corretearon por el inmenso jardín a oscuras y cogidos de la mano, riendo como jóvenes colegiales al conocer el amor.

Una vez dentro, Valeria le guio hasta su dormitorio. Era enorme. Una cama alargada y con dosel se posicionaba en el centro de la habitación. Poseía un vestidor propio y dilatados estantes donde descansaba su infinita colección de tacones afilados. También contaba con un mueble bar, del que sacó dos copas y una botella de vino tinto bastante antigua. Le dijo que la había guardado para una ocasión especial, y la descorchó mientras Felipe atacaba su cuello como un perro en celo, succionando su piel y manoseando sus pechos con frenética exaltación.

—Me vuelves loco…

Lo había conseguido, ya era suyo. Valeria le otorgó la copa y Felipe la engulló de un trago, rugiendo como un león y regresando a su cometido principal. Como si se hubiese transformado en un insaciable monstruo en busca de un tesoro perdido. Pero él no era ningún monstruo, solo una penosa e indefensa criatura en manos de una mujer escocida y con mucho rencor acumulado. Y sin duda, no era consciente de que se había metido en la boca del lobo.

—Oh, espera. Casi se me olvida…

Valeria se subió su apretado vestido hasta las rodillas. Allí, enclaustrado entre sus alisadas medias, había escondido un afilado cuchillo que destelló en cuanto vio la luz. Las pupilas de Felipe se agrandaron en señal de terror, pero eso fue lo único que pudo reproducir, pues Valeria desenfundó su arma y la clavó en el abdomen de su invitado, removiendo sus tripas y rajando su interior como un cochinillo atrapado en una carnicería. Ahora ella tenía el control, el poder, la más

absoluta ventaja, mientras Felipe caía arrodillado y gritaba por piedad tras cada cuchillazo.

La sangre salpicó a Valeria, que no se molestó en apartarla de sus mejillas y barbilla. Estaba disfrutando y, por primera vez en toda la noche, estaba eufórica.

—¡Cabrón! ¡Sufre, cabrón infiel! ¡Tú mismo te lo has buscado! ¡Qué pena de hombre!

Felipe cayó rendido al suelo y allí, desangrado y derrotado, expulsó su último aliento, justo antes de que Melina hiciera acto de presencia y abriera la puerta de la habitación. Portaba su batín de terciopelo y su cabellera oscura se encontraba perfectamente colocada.

—Valeria, ¿qué son esos gritos? Me has despertado…

Su hermana se apartó de su campo de visión para que pudiera contemplar con todo lujo de detalles el cadáver desfigurado de Felipe. Sus intestinos flotaban sobre la tarima y la sangre le había dado un toque tétrico al dormitorio. Se encendió un cigarrillo mientras esperaba algún tipo de reacción a su reciente obra de arte.

—Vaya, te has ensañado con este.

—Se lo merecía —sentenció—. Como todos.

—¿Te ayudo con el cadáver?

—Aún no. Quiero destriparlo un poco más.

Valeria le pasó el cigarrillo a Melina, que lo acogió con suma generosidad. Se arrodilló frente al cuerpo frío y sin vida y reanudó sus feroces ataques.

La cita había terminado.

2

—Una noche movidita, ¿eh?

—Y que lo digas.

Valeria soltó una tenaz carcajada ante los últimos acontecimientos. De nuevo, había sido proclamada como la única ganadora. Todo había salido según lo planeado. Los mensajes en la aplicación de citas, la aburrida y soporífera cena, el mero acto de interactuar con un hombre insulso y desesperado por carne femenina, la seductora maniobra de llevarle hasta su dormitorio y rasgarle el estómago y reventarle las arterias había supuesto una tarea de lo más paciente, pero ella sabía esperar y atacar en el momento oportuno. Había merecido la pena ver a Felipe moribundo en el suelo, rogando por misericordia mientras sus últimos alientos consumían la poca hombría que le quedaba. Sí, había sido una victoria redonda, ya se había convertido en una costumbre, como el que sale a andar todas las mañanas o el que se toma un café de camino al trabajo. La única diferencia era que su costumbre se basaba en dar una valiosa lección a los hombres: cuidado con lo que deseas.

No siempre se trataba de hombres infieles. También de asquerosos babosos en busca de encontrar catre fácil. Ella lo había vivido en sus propias carnes hacía ya muchos años, cuando era una joven torpe, ingenua y ciegamente enamorada. El sentimiento de traición al ser abandonada por un amor que creía eterno le oscureció el corazón. Se había convertido en una máquina fría y sin sentimientos. Aunque ella pensaba que así era mejor. No podía permitir que las demás mujeres sufrieran el maltrato de los hombres, ya fuera físico o psicológico. Era su llamamiento personal. Ninguno de ellos saldría impune, y continuaría con su peculiar afición hasta el fin de sus días. Lo llevaba con discreción, aunque su hermana era la única en la que podía confiar tal macabro secreto. Ella era la única que la comprendía. La había visto en sus horas más bajas, sollozando en la cama y al borde de cometer

cualquier tipo de locura. El lado masculino la había hecho pedazos, pero ahora era fuerte y contaba con todo tipo de recursos. Sin duda, la balanza al fin se había equilibrado.

—Si te soy sincera, ese tío tenía una cara que no me daba buena espina. Has hecho bien en mandarle al otro barrio.

Melina era cuatro años más joven que Valeria, pero no por ello era tratada de manera diferente por la más mayor. Desde el momento en que nació, la de cabello rubio la acogió con los brazos abiertos. Eran almas gemelas, y aquella suposición se confirmó a medida que ambas fueron madurando. Jugaban juntas a todas horas, creaban historias y fantaseaban con el día de sus respectivas bodas, cómo formarían una enorme y calurosa familia, y cómo envejecerían la una pegada a la otra. Evidentemente, aquellos sueños truncados formaban parte de un pasado muy lejano. El vínculo entre las dos hermanas era tan poderoso que Melina había sido capaz de hacer oídos sordos a las retorcidas actividades nocturnas de Valeria. La quería, la apreciaba con locura, y había sido criada para proteger a su hermana a toda costa, aunque eso incluyera encubrir infinidad de crímenes atroces. Por ello, una vez agenciada la herencia de sus padres, ambas adquirieron la mansión más cotizada de la ciudad. Vivían como dos reinas en su preciado palacio, con todo tipo de comodidades y sin preocupación alguna. Eran libres, y aquella libertad de la que gozaban las hacía todavía más resistentes al dolor.

Las dos se encontraban desayunando en la amplia cocina de diseño, sentadas alrededor de una mesa alargada, decorada con jarrones antiguos repletos de flores. Melina se sirvió una buena tostada untada con mantequilla y mermelada de frutas del bosque, mientras Valeria optó por remover un hondo bol de frutas y echarse al plato varios trozos de piña y fresas. Ambas tenían las dos manos ocupadas. En una sostenían una taza de café y en la otra un cigarrillo recién encendido. El humo volaba campante por la habitación, pero eso a ellas no les importaba en absoluto. Se habían acostumbrado al amargo aroma del tabaco.

—Anoche me deshice del coche mientras enterrabas el cadáver. Lo dejé en ese barrio de mala muerte de las afueras. Seguro que algún indigente ya lo habrá robado.

—Buen trabajo —alabó Valeria, dando una suave calada sobre el filtro—. Fue una presa fácil. Tanto que resultó un poco aburrido. ¿Qué les pasa a los hombres de hoy en día? ¿Se toman dos *whiskies* y ya piensan que todo es un camino de rosas?

—Solo los más estúpidos. Aunque como ya te he dicho, ese cerdo transmitía malas vibraciones.

—Te creo, siempre has sido muy buena calando a las personas. No sé qué haría sin ti, Melina.

Valeria sonrió y contagió a su hermana. Podrían haber entrelazado sus manos, pero la mesa era tan larga y la distancia que las separaba tan kilométrica, que solo se limitaron a contemplarse con orgullo. Valeria tomó el último trago del café y estampó el cigarrillo en el cenicero. Amagó con levantarse y echar la vajilla en el fregadero, pero un fugaz movimiento de cuello de Melina detuvo todos sus movimientos. La más pequeña se alzó y se postró frente al gran ventanal de la cocina, que mostraba unas impactantes vistas de toda Madrid.

—¿Qué ocurre? —cuestionó Valeria, con interés.

—Hay un camión de mudanzas. Creo que ya han llegado los nuevos vecinos.

—Espero que sean agradables… Esto de los vecinos es una lotería. —Caminó hasta encontrarse con su hermana—. Como la pobre Cecilia, sin ir más lejos. La acabaron ingresando en aquel manicomio. La chiflada tenía a su marido en el congelador para seguir cobrando la pensión.

—¿Qué me dices? —espetó Melina, asombrada—. ¿Y cómo es que nunca lo he oído?

—Si vinieras a las reuniones de lectura de los miércoles… Todas son unas cotillas. Aunque el vino que sirve Julieta es una delicia.

Melina asintió con la cabeza y regresó la mirada hacia el exterior, al igual que Valeria. Juntas contemplaron la llegada de un coche negro de gama alta, y cómo dos individuos abandonaban el vehículo por las puertas delanteras. Eran un hombre y una mujer de mediana edad, de aspecto arreglado y acicalado.

—Oh, una pareja… ¿Tendrán hijos? Espero que no, los niños son un coñazo —comentó Melina, achinando los ojos para captar cualquier mínimo detalle.